

# PREGÓN DE GLORIA 2012

**D. Fermín Pérez Martínez**

*Pregón de Gloria 2012 proclamado el día 14 de abril en la Iglesia del Juramento de San Rafael por D. Fermín Pérez Martínez, cofrade de la hermandad de Jesús Nazareno.*

**Pregón**

"

A Darío y Violeta

Reverendísimo padre, ilustre senado y noble pueblo de Córdoba:

En la más santa de las madrugadas, la fe que nos legaron nuestros mayores percibió un año más, en jubilosa ensoñación, que hacia el Colodro huían, despavoridos, los centinelas; que la calle Moriscos tembló, al golpe seco de los sellos saltados en la removida piedra del sepulcro; que un revuelo de ángeles se alzaba, cumplida su misión, sobre la mole sacra de Santa Marina, y en algún patio de Viana quedaron, en relicario de rosas y arrayanes, los blancos lienzos que amortajaron el divino cadáver, tal preludio del clamor de campanas que anuncia el rito secular que, en la mañana de Pascua, proclama procesionalmente a Córdoba que verdaderamente resucitó el Señor.

Solo horas antes, en la solemnidad litúrgica de la Vigilia Pascual, el cirio ardiente del Resucitado fulgía en la noche como enseña gloriosa ante la milagrosa imagen de la Virgen del Rayo, Madre Dolorosa tiernamente venerada por sus cofrades del Campo de la Verdad, que en siglos pasados con ella realizaban estación penitencial en la Semana Santa. Como entonces, se cierra el ciclo penitente con la vuelta al culto cotidiano de las efigies de Cristo y de su Madre que con su presencia hicieron templo de la ciudad que no dejará de venerarlas, a algunas con la predilección que cada viernes lleva a innumerables cordobeses ante Jesús Rescatado, ante la Virgen de los Dolores.

Bajo la mirada siempre atenta de nuestro Custodio, y con su celestial venia, en los inicios de esta exaltación quiero invocar a la primera advocación de gloria que en día lejano me enamoró, ya para siempre: nuestra Patrona, la Santísima Virgen de la Fuensanta. Como tantos cordobeses, recién nacido fui puesto bajo su manto protector, y cada año por caminos de huertas llegaba con los míos hasta su casa, donde, junto al brocal del agua milagrosa, más que el caimán y los demás exvotos incontables cubriendo el testero del atrio, me cautivaba el recinto sagrado donde ella se alzaba, tan pequeña y tan grande, entre los fingidos jaspes del retablo, los muros de cal y zócalos policromos, las lámparas de vidrios azules y cristales de roca...

No poco cambió, mas, sobre todo, como bastión de fe permanece la bendita imagen de Nuestra Señora. Hito singular de su historia reciente, el documento pontificio en el que el beato Juan Pablo II la reconocía como Patrona de la ciudad al decretar su coronación canónica, gloriosa realidad aquel inolvidable primer domingo de octubre. Pudiera ser la fecha idónea para celebrar solemnemente el patronazgo y la coronación con la anual procesión que, al fin, gozamos el pasado año.

Campanitas de barro cocido suenan para la Virgen en su fiesta en manos de los niños, los que fueron y fuimos, los que son y serán. A ellos, el ruego emocionado de que no cese nunca el vitor amoroso de la ciudad a la que es su

## **FUENTE SANTA**

**El ocho de septiembre  
tañed campanas,  
mis niños, a la Virgen  
de la Fuensanta.**

El estío declina

con multitudinario

rito que al santuario

a Córdoba encamina.

Por la Madre divina

sed alegre espadaña:

El ocho de septiembre

tañed campanas.

Altiva, la palmera

ofrece su alabanza,

suspiros de añoranza,

el tronco de la higuera.

Sea ofrenda primera

la flor de vuestra alma,

mis niños, a la Virgen

de la Fuensanta.

Vedla manifestando

a su fruto bendito,

él, amor infinito,

ella, fuente manando.

Mirad el venerando

pocito de la gracia...

**El ocho de septiembre  
tañed campanas,  
mis niños, a la Virgen  
de la Fuensanta**

Como la de la Fuensanta, casi todas nuestras advocaciones gloriosas tienen referente plástico en una efigie devocional. Siglos costó a nuestros hermanos orientales la definición definitiva de la licitud y conveniencia del culto a las imágenes sagradas, atendiendo al misterio de la Encarnación del Verbo. Lo proclaman las efigies del Niño Dios, incontables en las celebraciones navideñas, veneradas con ternura inefable en los recintos monásticos: Niño del Río, como Moisés, salvado de las aguas para endulzar el rezo de las madres de la Encarnación, Niño Jesús del Mayorazgo, sonriente al dispensar sus gracias en la clausura de Santa Isabel de los Ángeles, Niño de la Espina, consuelo de afligidos en el patio de las Capuchinas. Divino Infante venerado también por las cofradías, como el Dulce Nombre de Jesús de los hermanos de la Huerta de la Reina, o el milagroso Reyecito de Praga, que en radiante tarde de mayo baja triunfal desde San Cayetano para bendecir a Córdoba.

La bendice permanentemente, desde el privilegiado mirador serrano, el Sagrado Corazón de Jesús, que cada año revalida públicamente su reinado sobre las almas en su salida procesional desde San Hipólito. Corazón traspasado tras la llaga del costado del otrora veneradísimo Cristo de las Mercedes, del carismático Crucificado de San Álvaro, que, año a año, sigue recibiendo el homenaje romero de sus hermanos, de la ciudad que, por Dios y por su santo, al alcor de la sierra se encamina en plenitudes abriñeñas.

Rememora el Cristo de Santo Domingo de Escalaceli el milagro que daba el plácet celestial a la caridad de San Álvaro de Córdoba, figura excelsa que a su orden de predicadores y a la ciudad de Córdoba mostró en el siglo XV el rostro misericordioso del Padre en su vida ejemplar. Patrón de nuestra Agrupación de Cofradías por su magistral devoción a la Pasión del Señor, y santo por aclamación popular desde su misma muerte, aunque solo tardía y dificultosamente alcanzaba la calificación jurídica de beato, tan extraña para los cordobeses, entonces como ahora. Quiera Dios que en día no lejano sea hallada la fórmula canónica que al fin respalde el sentir inmemorial de los fieles de Córdoba.

Aunque la contradigan las pruebas documentales, una entrañable tradición hace del reformador dominicano vástago de noble linaje de la cepa de Córdoba. Sí vio, con certeza, la luz en humilde cuna cordobesa el beato Francisco de Posadas, a pocos metros del lugar donde, en su amada iglesia de San Pablo, Córdoba venera sus reliquias. Junto a las de San Álvaro, vistió en su Escalaceli el anhelado hábito dominico, y desde el hospitalito de la Puerta del Rincón irradió largos años la luz de la santidad en nuestra ciudad, que también gozó de las virtudes de hombres y mujeres que hasta aquí vinieron para que Córdoba vislumbrase en ellos la gloria del Altísimo. Así, entre los muros conventuales de San Francisco de la Arruzafa alabaron a Dios con sus obras el novicio San Diego de Alcalá y el vicario y maestro San Francisco Solano. Junto a la ermita de San Roque, la Virgen de la capa blanca apuntalaba milagrosamente para San Juan de la Cruz el muro desplomado, en emotivo, recordado suceso de la última de las fundaciones del místico sublime. Abarrotaba el gentío la Corredera para asistir, conmovido, a las memorables predicaciones del beato fray Diego José de Cádiz. Otro beato, fray Nicolás María Alberca, por su probada virtud en el noviciado adelantaba su profesión como hermano de Jesús Nazareno en el hospital de Córdoba, etapa en su camino vital hacia el martirio en

Damasco. O, como preámbulo a los primeros años cordobeses de andadura fundacional, en la iglesia de San Juan de los Caballeros se consagraba secretamente a Dios Santa Rafaela María del Sagrado Corazón.

Fugazmente pisaron nuestro suelo otros modelos de santidad. Memorables, las horas de puro contratiempo que aquí vivió, de paso, Santa Teresa. Recordando la misa en la iglesia del Campo de la Verdad, entre la curiosa multitud que celebraba la fiesta del Espíritu Santo, escribirá: "fue para mí uno de los malos ratos que he pasado; porque el alboroto de la gente era como si entraran toros". Sin duda, reirá en el cielo la ocurrencia mientras su hermosa imagen, al otro extremo de la ciudad, precede en procesión a la Madre del Escapulario. Caso opuesto al de Teresa de Jesús, aquel niño a quien ella predijo su misión en la Iglesia, San Juan Bautista de la Concepción, fundaba el convento cordobés de trinitarios descalzos, y en él manifestaba a Dios largamente en sus obras, y allí entregaba santamente la vida en manos del Señor, para que en la capilla del Cristo de Gracia Córdoba custodiase con orgullo sus restos venerables.

Solo unos meses nos separan del IV centenario de la muerte del reformador trinitario, y el día se acerca en que, por fin, será realidad la anunciada proclamación de San Juan de Ávila como Doctor de la Iglesia, anhelo unánime de la Iglesia hispana, motivo de júbilo para la Iglesia de Córdoba, que tanto debe al gran maestro espiritual. Otro evento glorioso hemos de vivir felizmente en breve los cordobeses: la primera ceremonia de beatificación en nuestro templo catedralicio, por la que el Insigne Cofrade Cristóbal de Santa Catalina, fundador de la hospitalidad de Jesús Nazareno, subirá a los altares como lo quiso Córdoba desde aquella histórica madrugada de julio en que era definitiva y plenamente colmada por la Providencia la fe del padre Cristóbal. El clamor de campanas por el nuevo beato será vibrante melodía para la oración que de él aprendimos:

**Alabada sea la Santísima Trinidad,**

**Padre, Hijo y Espíritu Santo.**

**Bendita sea por sus infinitas perfecciones:**

**bondad, virtud, poder...**

**Bendita sea porque crio a María Santísima.**

**Bendita sea por todos los beneficios**

**y mercedes que nos ha hecho, hace**

**y está dispuesta a hacernos.**

Desde muy pronto fue la santidad venturoso fruto de la naciente Iglesia cordobesa. Con sobrados motivos veneran como santo nuestros hermanos griegos al gran Osio, obispo de Córdoba y luminaria de la Iglesia universal de su tiempo. Casi al final de sus días, escribía con firmeza el venerable anciano al emperador: "Ya antes he confesado la fe, cuando comenzó la persecución bajo tu abuelo Maximiano. Y si tú me persigues, también ahora estoy dispuesto a soportar todo lo que sea necesario o a verter mi sangre inocente para dar testimonio de la verdad". Es la primera prueba documental conocida de los ataques sufridos por la fe cristiana, en cumplimiento de sucesivos edictos imperiales, en los primeros años del siglo IV, cuando sangre de mártires comenzó a empapar el suelo de Córdoba. Algunos de sus nombres fueron inscritos para la posteridad en la tapa sepulcral providencialmente conservada en la capilla sacramental de San Pedro: ***De los santos mártires de Jesucristo Fausto, Jenaro y Marcial, Zoilo y Acisclo...***

Cinco siglos más tarde, de nuevo la fanática intolerancia religiosa, en turbio maridaje con tibiezas e intereses mezquinos de los que, según San Eulogio, "se llaman cristianos aun cuando crucifican todos los días a Jesucristo en sus miembros". En los dramáticos años cincuenta del siglo IX, fue el santo cordobés panegirista y voz de aliento de quienes, como las vírgenes Flora y María, y él mismo finalmente, dieron su vida confesando su fe en aquellas persecuciones del poder islámico. Epílogos tan gloriosos como el del niño

Pelagio son luz para la Iglesia de Córdoba, prácticamente desorganizada en el siglo XII tras apresurada reunión y ocultamiento de las reliquias martiriales aún conservadas en basílicas y monasterios, en el antiguo sepulcro al fin descubierto durante las obras de consolidación de la hoy basílica de San Pedro, aquel feliz noviembre de 1575.

El odio a la fe y a la Iglesia reaparecía con virulencia en los enfrentamientos fratricidas del pasado siglo. En el remanso de paz de la cripta teresiana de la plazuela de la Concha, ante la tumba que custodia el cuerpo de la maestra mártir Victoria Díez, recibimos los cordobeses una llamada permanente al testimonio supremo del amor hasta la misma muerte. Es lo que actualizamos cada año al recordar en su solemnidad a los Santos Patronos Acisclo y Victoria, antes, en la intimidad de la ermita de la Ribera, en el lugar donde fue venerado su sepulcro, en los últimos años, en la magna celebración eucarística en rito hispano-mozárabe, junto al arca de plata cuyos viriles, como quiso el Arcángel en sus revelaciones a Andrés de las Roelas, manifiestan a la fe de Córdoba los sagrados despojos que inspiraron los versos emocionados del himno:

**Huesos puros, reliquias benditas,  
que exhaláis un aroma del cielo,  
sois las perlas que tiene este suelo  
de más grande y más rico valor;  
sois pedazos de mártires santos  
que esta tierra con sangre regaron,  
que al morir en la lucha triunfaron  
y subieron a unirse al Señor.**

Mantienen viva sus cofrades la llama de la devoción a las santas reliquias, antaño casi unánime en el corazón de los cordobeses, tan inestable a veces en el afecto a sus intercesores ante el Señor. Como muestra, los hoy ignorados milagros de San Nicolás de Tolentino, en parte conservada su memoria en el programa iconográfico de San Agustín. Allí, aunque mermada por el tiempo, la devoción a Santa Rita, como en sus templos la de San Cayetano o la de San Ramón Nonato. Honra a nuestras hermandades el mantenimiento de antiguas devociones, como la del patrón de los plateros, San Eloy, o la del apóstol San Bartolomé, aún viva en rescoldo amoroso de los hermanos de Jesús a su primitiva advocación, y entre los titulares cofrades figuran, entre otros, algunos de sus patronos parroquiales, como San Lorenzo, Santiago, San Nicolás o San Andrés. Sin más guía que la que solo Dios conoce, el pueblo da sencillo testimonio de su fe en las verdes cintas al pie de las imágenes de San Judas Tadeo, en sus plegarias ante San Antonio de Padua, San Martín de Porres, San Pancracio, Santa Gema, el beato fray Leopoldo...

Mas es, sin duda, la Madre del Señor la destinataria de los más tiernos afectos de la devoción de Córdoba, que en su cielo de glorias proclama plásticamente los privilegios marianos en su imaginería cultural: Concebida sin mácula en efigies incontables, magistrales algunas, como la de la capilla del obispo Salizanes o la de los trinitarios; glorificada en su Asunción en sus imágenes catedralicias, en la hermosa talla del que fue su colegio; coronada por Dios en la antigua representación de las jerónimas de Santa Marta, en la moderna de las Tres Avemarías del Santo Ángel; amparo y defensa de los suyos en la majestuosa Virgen del Socorro de la Compañía; Madre de Dios, ante todo, en imágenes protagonistas de hallazgos prodigiosos y aún expuestas a la oración en nuestros templos: Vírgenes del Pozo de San Rafael y de Villaviciosa del Cister, del Pilar, enfundada en platas nobles en tiempos de idas y venidas desde su ermita en Trassierra a la parroquia del Salvador, Nuestra Señora de la Salud, nuevamente en su casa para acoger a la ciudad que le dedica los días cumbres de su mayo festivo, y, sobre todas, Fuensanta, testimonio perenne de la oculta presencia de su

imagen en el cabrahígo, de la memorable aparición de María Santísima, junto a Acisclo y Victoria, al humilde Gonzalo García, primero entre los cordobeses en recoger las aguas salutíferas.

Tristemente, se perdieron para la devoción efigies venerables, irremisiblemente destruidas algunas, otras desplazadas, no siempre por motivos válidos, a espacios, comunes o privados, donde a ojos del pueblo solo conservan, como mucho, sus valores históricoartísticos. Entre ellas, la entrañable Virgen del Rosario del padre Posadas, quiera Dios que en día no lejano devuelta al culto público que Córdoba jamás debió negarle. Afortunadamente, siguen alentando la devoción mariana de la ciudad las imágenes predilectas de sus comunidades parroquiales, como la Virgen de los Ángeles, salvada de la ruina de Santa Clara para ser patrona de su barriada de Alcolea, o la de Consolación, que abandonaba su ermita de la calle Armas para bendecir a los vecinos de las Margaritas, como bendice fervores parroquiales y cofrades la Señora del Rosario en la Electromecánicas. Y en las antiguas collaciones, no dejan de rezar los feligreses de Santa María a la catedralicia Virgen del Sol, y los de San Lorenzo a su bienaventurada Madre de los Remedios, derroche de gracias en la súplica multitudinaria de los martes trece. Gloriosa Reina de Santa Marina, la Virgen de la Luz, tan venerada en el viejo ritual cordobés de la Candelaria, y Soberana de San Andrés en su retablo suntuoso, la de los Ángeles. Presiden los ritos sacramentales parroquiales la Asunción de San Nicolás o la Virgen de Belén de San Miguel, de advocación tan cara al fervor de los cordobeses, vivo ante el relieve de la torre del Alcázar Viejo, ante la antigua efigie del Arca de los Santos Mártires y la reciente de su parroquia de Levante, o, especialmente, ante la que, en la cumbre serrana, fue la Madre tierna de los últimos eremitas.

Como los ermitaños, órdenes y congregaciones fueron legando a la ciudad su fervor mariano, incluso trasapando el recio muro de las clausuras entre relatos prodigiosos de la Virgen de la Luz, la de las Navas, la del Refugio... Ampara la Madre de la Piedad la obra educativa que sus hijas heredaron del padre Cosme, y dan fe de la entrega de sus religiosas la Virgen de la Salud, la Inmaculada de la Medalla Milagrosa. Lucen en nuestros templos, como reliquias inapreciables de viejos fervores conventuales, efigies marianas que prestigian la nómina de nuestras advocaciones gloriosas: legendaria Virgen de los Remedios y Reina del Ave María en la Trinidad calzada; en la descalza, la tan cordobesa Virgen de Gracia; en la Merced, la felizmente recuperada imagen que ojalá vuelva pronto a presidir su templo; en San Basilio, la Virgen de la Paz, causa de amores entusiastas para el padre Borrego; en San Pablo, entre esplendores suntuarios, Nuestra Señora del Rosario, origen de la arraigada devoción cordobesa que hoy mantienen viva sus frailes predicadores en San Agustín, y que, junto a las imágenes rosarianas de Santa Marina o de San José y Espíritu Santo, pregonan las efigies titulares de los viejos rosarios públicos: Aurora, Amparo, Remedios, O, Buen Suceso, Montañas...

Timbre de gloria de la orden franciscana es la secular defensa del misterio de la Limpia Concepción, que en Córdoba tuvo como abanderados, junto a los dos cabildos, a los frailes menores de San Pedro el Real. Netamente franciscana, la bucólica devoción a la Divina Pastora de las Almas, de tanto arraigo en su templo capuchino, e inspiradora en nuestros días de renovados fervores rosarianos en torno a la Pastora de San Juan, de jóvenes ilusiones que en octubre procesionan su imagen del Campo de la Verdad. También franciscano, el moderno culto a la extremeña Santa María de Guadalupe en el solar patricio al que trajeron, hace ya más de un siglo, los claretianos la devoción al Inmaculado Corazón, los salesianos, a María Auxiliadora. Entre tantos, rendido a sus plantas quedó un adolescente, el que fui, receptor de su caricia constante en miedos e incertidumbres, en el gozo inefable de aquella vez primera que la acompañé, un 24 de mayo de hace más de cuarenta años, ante el paso de Domingo Savio, precediendo a Don Bosco y a la Señora Coronada de la familia salesiana.

Y, como hace siglos a los ojos del profeta Elías, a la vista de Córdoba se alza la blanca nubecilla que es anuncio y génesis de las lluvias salvíficas, cuando, en el ecuador de cada julio, la Virgen del Carmen se manifiesta a la ciudad en eclosión festiva, en las celebraciones patronales de la barriada de Villarrubia, en la intimidad conventual de Santa Ana, en las solemnes novena y procesión de la Reina hermosa de Puerta Nueva, de la delicada Madre de San Cayetano. Dentro de cuatro sábados, la dicha de su coronación canónica, espléndidamente preparada para celebrar el culmen de una devoción secular que a tantos cordobeses, en vida y en muerte, reviste con el virginal hábito pardo, ampara bajo la capa de nardo de aquella en quien se cumple la profecía de Isaías: "le será dada la gloria del Líbano, la magnificencia del Carmelo y del Sarón". Y para ella, al fin coronadas sus benditas sienes, la Córdoba mariana repetirá la emblemática invocación:

**Flor del Carmelo,  
viña florida,  
esplendor del cielo,  
Virgen fecunda  
y singular.  
Oh Madre tierna,  
intacta de hombre,  
a los carmelitas  
proteja tu nombre,  
Estrella del mar**

Digno de todo encomio, tanto esfuerzo, materializado en obras como el suntuoso camarín de la Reina Descalza o las áureas preesas que ha de lucir en el rito solemne, frutos ilusionados del amor de su orden, de su colegio, de su archicofradía, de la hermandad de Jesús Caído.

Tienen las cofradías singular protagonismo en la historia del amor de Córdoba a la Madre de Dios. Entre tantas, son mudos testigos la Virgen de la Esperanza en San Pedro o la de las Nieves en San Andrés. Y vivo testimonio dan las efigies marianas veneradas por las hermandades penitenciales: Señora de la Victoria, heredera de ancestrales fervores a extramuros, entre huertas feraces; la del Amparo, acunando en la Axerquía a su Niño dormido, y la de la Alegría, destello gozoso aparecido en su ermita de la Villa; la Reina de los Ángeles, fundadora y aliento de ilusiones cofrades; la Virgen del Pilar de Zaragoza, tres siglos largos fortaleciendo la fe de la Casa de Jesús; la Concepción que fue de los escribanos en Santo Domingo, ya desde los inicios muestra del fervor de Córdoba por la sin pecado concebida. Aunque, sin duda, ocupan lugar de privilegio en esa protestación de fe mariana cordobesa las efigies titulares de buena parte de sus hermandades de gloria.

Entre ellas, resplandece entre los más lejanos y entrañables recuerdos de mi infancia la Virgen del Socorro, que entre cálidas brumas de la memoria sigue caminando con San Rafael y San José desde la ermita hacia San Pedro, antes de la apoteosis de los fuegos de artificio. Quién diría a aquel niño que iba a ser privilegiado pregonando la coronación que, en la Corredera, reconoció una historia devocional de más de cuatro siglos en los que la hospitalaria Madre abría milagrosamente las puertas de su casa para socorrer al desvalido mancebo en la horrible tempestad, a don Clemente de Cáceres en el asedio de las espadas vengadoras. Puertas abiertas por su amor a la salida de los primeros rosarios públicos cordobeses, al ejercicio de la caridad con los más necesitados. Puertas abiertas desde la sencillez fraterna en la invitación constante a contemplar, enamorados, a la que es legítimo orgullo de los socorridos.

Aroma el nardo el templete de la Reina de la Plaza en los atrios otoñales. Como aromó, en plenitudes agosteñas, el delicado, dulce sueño de María Santísima. Hubo en tiempos fiestas grandes del Tránsito allá en San Agustín. Para su Virgen de Acá no quisieron ser menos los del Alcázar Viejo, que fielmente la honran cada año por las encrucijadas de cal de San Basilio, conmovidas ante el tierno misterio de la Dormición. Muy cerca, en el muro califal, entre rejas y faroles sube a los cielos Nuestra Señora.

Ostenta Santa María de Linares el decanato entre las advocaciones marianas cordobesas. Épica tradición ve el origen del culto a la Conquistadora en la gesta que, por obra de San Fernando, lograba la restauración de nuestra Iglesia aquel histórico 29 de junio de 1236. Avanzado el siglo XIX, la reinterpretación iconográfica de la imagen la vinculaba definitivamente a la magna historia devocional que a Córdoba congrega, embelesada, a los pies de la Purísima Concepción de Nuestra Señora. Y de celeste se reviste el fervor por la Virgen de Linares cada 8 de diciembre, y de alegres policromías cuando, en mayo, hacia la atalaya serrana se encamina la caravana romera para rendir anual pleitesía a la Capitana Coronada, "bella cual la luna, brillante como el sol", como en el verso del Cantar. En su mano, acunado, siempre el corazón de Córdoba.

Santa María de los Pinares protagoniza en Cerro Muriano la más reciente de las romerías cordobesas. En la iglesia del Carmen, la antigua imagen de Nuestra Señora de la Cabeza es testigo del fervor secular que a sus cofrades de Córdoba dirigía en abril hacia el cerro andujareño, donde, al toque misterioso de la campana, entre resplandores ella fue la salud del pastor de Colomera. Y desde San Francisco hacia el Cabezo siguen peregrinando, fieles, sus hermanos, prestos el corazón y las insignias para lucir ante la Reina de Sierra Morena en su descenso triunfal por las calzadas, evocado en la multicolor proc"